

Como un niño que descubre que el juguete que tanto anhelaba no funciona como creía. Así ven los expertos en imagen a Mariano Rajoy, un líder «abrumado» por la trascendencia de su tarea, «e incapaz de frenar el deterioro de su proyección pública»



•• JULIÁN MÉNDEZ

Mariano Rajoy. •• EFE



El corte de pelo

«Debería vigilarlo, especialmente en la parte delantera para evitar ondas rebeldes», apunta la experta en imagen, Guadalupe Cuevas.

No usa accesorios con marcas visibles

Al contrario que Rodríguez Zapatero, a quien 'cazaron' en un acto público en plena crisis con un cinturón con la hebilla con la H de Hermès, una pieza que ronda los 450 euros. Rajoy es más contenido en este aspecto.



Trajes oscuros de dos botones

Usa trajes oscuros de dos botones que combina con camisas lisas, casi siempre blancas, más de vestir y elegantes. En su toma de posesión fue fiel a esa indumentaria que refleja seriedad y compromiso.

Adiós a las parkas y a las gabardinas cortas

Para Guadalupe Cuevas no es acertado combinar, como ha hecho Rajoy en ocasiones, gabardinas cortas y parkas con traje; lo correcto, apunta, es utilizar abrigos más formales. Debería cuidar la elección del calzado que, con traje, nunca debería ser del tipo mocasín.



Gana en privado con su ironía gallega

Manuel Campo Vidal, el periodista oscense que preside la Academia de Televisión, ha tratado a Mariano Rajoy en las distancias cortas, no en balde ha sido el moderador del último debate con Rubalcaba. «Rajoy se apoya en sus sólidos conocimientos jurídicos (es registrador de la propiedad) para articular una eficaz condición de líder parlamentario. Sin duda, en privado gana extraordinariamente por su ironía gallega que ha generado frases antológicas. Como cuando un diputado popular le pedía que actuara «con mano de hierro en guante de seda». Lo miró y le dijo: «Eso no es un político, es un paraguas».

1,88

metros. Esa es la estatura de Mariano Rajoy Brey, nacido en Santiago de Compostela el 27 de marzo de 1955. Es el primer presidente español de la democracia con barba... y ésta ha dado que hablar. La agencia británica Reuters la calificó de «desaliñada».

A menudo me he tenido que comer mis palabras y he descubierto que eran una dieta equilibrada». La memorable frase urdida por el cacumen del volcánico premier británico Sir Winston Churchill podría convertirse en la primera oración del catecismo de Mariano Rajoy, un político deglutido por sus peores sueños.

Cualquier circo que se precie mantiene en nómina a un tragasables, uno de esos faquires de la faringe con un estómago a prueba de bombas, que aguantan carros y carretas y mastican bombillas sin que les cambie el semblante. España tiene el suyo. Se llama Mariano Rajoy, es presidente del Gobierno y hoy asiste a la cumbre europea de Bruselas, donde será el centro de muchas miradas.

«No he llegado aquí para cosechar aplausos sino para resolver problemas», proclamó a pecho descubierto en su discurso de investidura, el pasado 19 de diciembre, aunque parece que ya ha pasado un siglo.

La realidad se ha encargado de roerle el optimismo. La crisis ha crispado los gestos y la actitud de un presidente que aparece, como sucedió la mañana anterior a su viaje para asistir en Polonia al estreno de 'La Roja', como alguien tenso, angustiado y un punto insolente. Una actitud extraña, por cierto, en alguien que había hecho de la paciencia su principal virtud política.

'Le han jodido el domingo', tituló al día siguiente su comentario Arcadi Espada, conjeturando con que los deberes de su cargo habían chafado a Rajoy una excelente tarde de plasma, con Nadal en la final de Roland Garros y el partido de fútbol de la España de Del Bosque en 70 pulgadas. Como todo el mundo sabe, los deportes se ven mucho mejor en televisión que en el más mullido de los palcos.

Tanto tiempo esperando el momento de gobernar para descubrir que el país tiene más agujeros que un campo de golf. Siempre se ha dicho que a Rajoy nada le quita el sueño, que es un tipo aficionado al 'Marca', al ciclismo y a los cigarros habanos, y más frío que las aguas de La Lanzada en invierno. Un hombre, dicen, a quien han brotado las canas mientras esperaba el paso del cadáver de su enemigo ante su puerta de Génova. Hoy mira cada poco el reloj, se encrespa, pasa por alto que le presenten como primer ministro de las Salomón y escribe un sms de aliento a su ministro de Economía para decirle 'no te achantes, aguanta, carallo, que España no es Uganda'. «El Gobierno sabe lo que hay que hacer», dijo mientras el tsunami del rescate (que no era tal, recor-

dándonos a aquel otro presidente que se negaba a pronunciar la palabra crisis) golpeaba las puertas de Moncloa. «Nadie me ha presionado, el que he presionado he sido yo», llegó a afirmar en una muy contestada actitud que luego le ha valido más de un tirón de orejas. ¿Qué ha sucedido en Mariano Rajoy para que haya pasado en pocas semanas de ser la joven esperanza blanca a convertirse en un comedor de sapos por obligación?

El asesor de comunicación y consultor político Antoni Gutiérrez-Rubí considera que, en sus escasas comparecencias públicas, el presidente del Gobierno transmite «preocupación, una cierta confusión y rasgos de determinación y convicción». Vayamos por partes, como dijo Jack el Destripador. «Pese a que hace esfuerzos por transmitir tranquilidad, serenidad y calma frente a las turbulencias, su cuerpo y su rostro hablan, como no podía ser de otra manera... No es bueno y no es creíble un presidente que no exteriorice su preocupación en un momento tan delicado para nuestra economía. Su cuerpo, su rostro y sus movimientos son de preocupación», remarca este experto.

Confusión y firmeza

Otro rasgo fundamental para tratar de explicar el embrollo que padece el presidente del Gobierno español tiene que ver, en opinión de Gutiérrez-Rubí, con las contradicciones aparentes que salpican el discurso de Rajoy. Una versión PP de donde dije digo, digo Mariano. «Sí, hay una cierta confusión. No siempre parece que diga claramente lo mismo en idénticas situaciones y contextos. Las imprecisiones y las rectificaciones son muy evidentes en Rajoy», apunta. El tercer elemento, positivo éste, afecta a la «determinación y convicción de Rajoy. Tiene firmeza de carácter y sus decisiones son siempre firmes».

Los tres principios mencionados, apunta Gutiérrez-Rubí, son «razonables» por sí solos, pero metidos en el mismo saco, como es el caso, se transforman en «un lío». «¿Consejos? En una situación como la actual se impone un esfuerzo de humildad y pedagogía. No se puede ser convincente sin mostrar la realidad. De una manera honesta y humilde debe señalar cuáles son los problemas, por qué y para qué se están tomando deci-

«La credibilidad no se gana solo sacando pecho», dice el experto Gutiérrez-Rubí

IMAGEN

«Ha pulido su estilo desde que es presidente»

Guadalupe Cuevas, directora de www.fashionassistance.com, y experta en imagen pública, ha analizado para este periódico la evolución indumentaria de Mariano Rajoy tras su llegada a la presidencia del Gobierno. «Rajoy ha ido puliendo su estilo desde que se convirtió en presidente. Ahora se decanta por trajes oscuros de dos botones y camisas lisas, casi siempre blancas, más de vestir y elegantes. Para el acto de toma de posesión eligió un traje oscuro con camisa blanca y corbata, también oscura, con motas blancas. Sin embargo, para anunciar el rescate bancario su atuendo era menos serio, con camisa en azul claro y una vistosa corbata de rayas azules. En el partido España-Italia su look era formal: traje oscuro, camisa blanca y corbata roja con detalles en blanco, en un claro guiño a nuestra selección nacional. Debería vigilar su corte de pelo, especialmente en la parte delantera, para evitar ondas rebeldes. No lleva corbatas ni cinturones con logos visibles, lo que parece acertado en estos momentos de crisis», sostiene esta personal shopper.



Tres gestos de Mariano Rajoy que dejan traslucir cierta preocupación y angustia pintada en su rostro. :: EFE/AFP

siones. Faltan esas explicaciones. La credibilidad no se gana solo sacando pecho», subraya el consultor.

Esa labor pedagógica, de explicación sencilla y directa a los afectados —que, dicho sea de paso, somos casi todos— sobre cuál es la situación real y por qué se toman las decisiones que se toman, es también echada en falta por José Manuel Sabucedo, catedrático de Psicología Social. «La política comunicativa de Rajoy hace aguas», sostiene. «En mi opinión, el presidente no aparece lo suficiente en los medios y debería hacerlo más. La ciudadanía tiene que ver a alguien que transmita qué sucede en el país, alguien que sabe cuál es el problema, que sabe cómo resolverlo y que nos dice cómo», argumenta Sabucedo.

Mayor presencia

Esta reflexión ilustra a las claras otro episodio de la creciente «desafección» de los ciudadanos hacia sus representantes. «Hoy hacemos responsables a los políticos de la situación que padecemos. Este contexto exige un tipo de líder y de discurso, un presidente de Gobierno con una mayor presencia pública que despeje los miedos y las incertidumbres que sufrimos. Y Rajoy no cumple ese papel porque, lejos de calmar los ánimos, siempre una incertidumbre mayor».

Es que al tragasables hasta le crecen los enanos. «Rajoy es imprudente en ocasiones. Afirma algo y los hechos le desmienten a las pocas horas», reflexiona Sabucedo. «Hoy no se puede actuar así. Los ciudadanos tienen la misma información y más y mejor preparación que muchos políticos. No puede haber un líder distante. Necesitamos, como se preconiza desde Harvard, líderes adaptativos, políticos que sean cómplices en los diagnósticos y en las soluciones. Para esa labor didáctica nunca debe faltar tiempo», dice.

Asistencia a las cumbres europeas y del G-20, sí, pero también visitas a las colas del Inem, encuentros con los pescadores acogotados por los gibraltareños, intercambio de opiniones con universitarios que se ven forzados a emigrar. «Es preciso un cambio en las formas políticas», sostiene Sabucedo. En esos foros no cosechará el presidente piropos, más bien le lloverán los coscorrónes. Puede que hasta le insulten... y deberá callar.

Dicen de él que es pacífico, que posee un carácter bonancible y que elude los enfrentamientos directos, aunque para controlar el PP, hay que tener algo más que pachorra y sangre fría. Hoy el país necesita «una autoridad», como dice Sabucedo, un referente, un faro que marque las rompientes y nos guíe hacia un buen puerto.